

JOSE LUIS CUERDA
Memorias fritas

ÍNDICE

Todas las vidas son fragmentarias	9
Masegoso	II
La casa de la calle Albarderos	17
Un mal alumno	27
Mi nacimiento a la literatura	37
Irse a Madrid	47
«No pongas pie a la foto, José Luis», uno	57
A Rusia, con dos cojones	65
Panorama de actualidad	77
Fin del Mundo Total	83
La escuela Berlanga	95
La mujer humana	III
Risas. Ay, risas. Mis risas de España	II7
Rafael Azcona en la vida	131
Las Producciones del Escorpión	145
Los animales más frágiles de la creación	153
No hay luz verdadera sin claroscuros	163
La coliflor, aquí y ahora, es fundamental	181
Sanclodio	191
Enviado especial a La Inopia	207
Uno se hace viejo mayormente por las noches	225

«No pongas pie a la foto, José Luis», dos	243
¡Taxidermia! ¡Taxidermia!	259
La risa de Manuela	265
Filmografía	271
Agradecimientos	269

TODAS NUESTRAS VIDAS SON FRAGMENTARIAS

TODAS NUESTRAS VIDAS SON fragmentarias. Lo que le da al vivir un continuo más fiable, no nos engañemos, es lo meramente biológico, que, por cierto, no es poco.

Lo demás nos lo manufacturamos tanto con realidades que nos vienen dadas como con empeños frustrados por impericia, por desánimos o por cansancio, a lo que suelen unirse accidentes inexplicables que desbaratan todo.

Por eso, escribir unas memorias con pretensiones novelescas en su confección no deja de ser —soy consciente de que me paso— un fraude poco cruel del que quiero prescindir.

Hay espectáculos como el mar —calmo o bravo—, el fuego —del hogar o de un incendio como el de Roma, pongo por caso— o el de bebé bullicioso en su cuna o infante jugando entre juguetes, que para mí colman y rebosan mis apetencias de espectador. Y no hay director de escena del que espere más que de la espontaneidad de estos fenómenos.

Y más en lo menudo, otra cosa digna de verse es lo que el aceite hirviendo puede dar de sí, como en el caso de Nerón y Roma, al acogerse a las llamas.

Los churros que entran masa en el hervidero y salen fritos, crujientes por fuera, y los buñuelos, los calamares rebozados que entran insignificantes en la sartén y se esponjan, crecen, adquieren color y volumen.

Yo he convenido conmigo mismo que unas memorias —añádase que la mía empieza a olvidarse, a confundir o a mal interpretar las cosas— como las que prologo aquí eran más sinceras en la medida en que se presentaban como residen en mis recuerdos y, en ocasiones, en pasados escritos.

MASEGOSO

NACÍ EN ALBACETE EL 18 de febrero de 1947. Mis padres eran de Masegoso, un pueblo de la Sierra de Alcaraz, a sesenta kilómetros de la capital. Eran dos personas que no tenían nada que ver con el mundo al que hemos ido a parar sus tres hijos con el paso del tiempo.

Durante la República, los dos párrocos de Masegoso tuvieron trato y procrearon con mozas del lugar. Dijeron: «Total, es la República», y se lanzaron a la vida. El primero, don Pedro, excelente músico, director de la banda municipal en la que mi abuelo Julio tocaba el bombardino, si advertía la más mínima desafinación en alguno de los instrumentistas, por más que fueran en formación desfilando con él a la cabeza, se agachaba, cogía una piedra, y sin apenas volverse, a veces de sobaquillo, le lanzaba el canto y atinaba o con el instrumento mismo o descalabrando al infractor. Eso don Pedro lo hacía de miedo.

Este hombre, en pleno invierno, el día que enfermó su hija, niña, y por purgar su pecado o por indignación implacable, regó con el agua de un botijo el suelo de la sacristía, se desnudó y se restregó por él hasta pillar una pulmonía y morir. Se murió de eso. Mártir.

El otro cura, don Manuel, muy respetado y querido en contraste con el temor que infundía el primero, era muy cazador, aunque no bueno, y, sobre todo, un gran lector de Borís Pasternak.

Lo puedo certificar porque durante algunos meses me dio clases de griego y empleaba la mayor parte de las mismas en leer *Doctor Zhivago* mientras yo hacía ejercicios y traducciones sentado en la mesa camilla de su casa, a la luz del flexo.

En Masegoso había un ciego que vivía con una mujer muy arisca. De vez en cuando, la mujer le hacía cruzar la plaza a saltos diciéndole: «Salta, que hay charco», cuando el terreno estaba totalmente seco. El pueblo se partía de risa viendo los saltos torpes e inútiles del ciego. También le ponía platos vacíos para que comiese su inexistente contenido. Cuando el ciego se quejaba de no encontrar la comida, la mujer le reñía: «¡Que no atinas, so torpe! ¡So ciego!».

En *Total*, el ciego recupera la vista y estrangula a la mujer. En la realidad no llegó a matarla, pero le dio un disgusto muy grande. Le hizo creer que él había muerto, pero al cabo de unas horas, después de que ella le hubiera quitado la cartera y las cuatro cosas de valor que llevaba encima, resucitó. Resucitó, además, de una manera muy peculiar. Se tiró un pedo y dijo: «Ya hay hombre».

MIS ANTECEDENTES son campesinos. Por parte de mi padre, mi abuelo era labrador; Julio le llamaban, aunque su verdadero nombre era Julián. Después puso un comercio en el pueblo, uno de esos negocios en los que se vende de todo. En la posguerra cerró el comercio y se vino a Albacete, a vivir de lo que le rentaban las cuatro tierras que había ido heredando y comprando.

Otras adherencias a lo que uno pudiera ser en sí, proporcionadas por maestros, familiares, amigos y gentes de casa, provendrían del abuelo Julio y del otro abuelo, del mismo pueblo pero por parte de madre, tratante de caballos, mulas y burros, que murió al poco

de trasladarse a la capital. De este último pude heredar un ADN *western*, ya que recorrió muchas veces las cañadas reales arreando su ganadería de Córdoba a Galicia y de Jaén a Navarra. Aventuras que, unidas al traslado de reses bravas de las toradas andaluzas y extremeñas a las plazas del norte, habrían alumbrado un *western* autóctono muy vistoso. Murió antes de que yo naciera y lo conocí cuando, para enterrar a mi tío Leovigildo, tuvieron que hacer un hueco en el nicho. Entonces sacaron el cadáver de mi abuelo Eloy. Así lo conocí. Estaba incorrupto. Vestido impecablemente con un traje gris con chaleco, llevaba calzados unos botos de cuero impresionantes, y la piel amojamada se le pegaba a los huesos, dándole gran firmeza y seriedad. En medio de la tristeza del entierro de mi tío, me ilusionó conocer a mi abuelo Eloy, esa es la verdad.

Su mujer, Filomena, mi abuela, vivió su viudedad con nosotros en la calle Albarderos. Tenía asma. Fatiga, decía ella, y dormía sentada en la cama. Eso nos impresionaba mucho.

Pedro Gutiérrez Puebla, arzobispo de Villarrobledo, era tío de mi padre. Otro tío, arcipreste cazador, socarrón, afín a Franco y amigo de Blas Piñar me inculcó tolerancia, bondad, buen humor y comprensión de las flaquezas humanas —él se encontró no pocas en su numerosísima familia— y terminó regalándome, sin saber de quién era la versión, la Biblia traducida por Cipriano de Varela, la mejor en lengua castellana, pero protestante y prohibida por el papa de Roma. La quemé en el seminario con ignorancia de sus méritos y con arrepentimiento posterior.

Durante la visita pastoral del cardenal de Toledo a Masegoso —en realidad lo llevó mi tío el cura, que era amigo, para que se diese un garbeo—, la María de Chuscarra se convirtió en su sombra y, por más que la animaban a callarse, al tres por dos gritaba ronca: «¡Viva el obispo de España! ¡Viva el obispo de España!». Y así todo el día. Hasta que, al caer la tarde, el cardenal se metió en el coche y la María, agotada de andar y gritar, lo despidió con un: «¡Anda el pijo, y qué descanso nos ha *dejao!*».

LA CASA DE LA CALLE ALBARDEROS

YO VIVÍA EN LA calle Albarderos —entonces, por mal nombre, Jiménez de Córdoba— número 14 duplicado, en el primer piso, o entresuelo, que también se decía. Debajo estaban las cuadras —luego Bodegón Manchego— de mi abuelo Eloy.

En el piso de arriba vivían mis tíos, Leovigildo y Antonia —ella de Tinajeros—, y sus tres hijos: dos muchachas, Llanitos y Mari Pili, casadas hoy, la primera con Paco, teniente coronel de la Guardia Civil y, la segunda, con Isidro, que es de Barcelona, muy alto, y que tocó la guitarra y cantó *Sacco e Vanzetti* en los franciscanos el día de su boda; y el primo Leovi, soltero todavía, que estudió Medicina y luego lo dejó, y admirador confeso de las mujeres, aunque «en el plano teórico», según me explicó hace unos años.

La abuela Filomena recibía siempre al abuelo Julio con la salutación melancólica «que la vejez es muy mala», y el abuelo Julio decía que sí, pero estaba que daba gusto verlo y arrancaba los chaparros con una sola mano retorciendo el troncón en la tierra. Salían todas las raíces.

El abuelo Julio hizo dos cosas lamentables la noche de su boda: se orinó en la cama y se montó sobre el piecero al tiempo que lo arreaba para que caminase como una caballería. Hizo las dos

cosas mientras dormía; pero la noche de la boda, ocurriese lo que ocurriese antes o después de ambos acontecimientos, que nunca nos lo explicó, tuvo que ser una ruina. La abuela Irene tuvo mal carácter toda la vida. Lo de aquella noche, aunque nunca se sabe, no pudo durarle tanto y mi padre, su hijo, achacaba aquella acritud a la desgracia de su hermana, única viva, Carmen, que por una meningitis se quedó tonta y murió con treinta y pocos años. La tía Carmen, a la que veíamos cuando visitábamos a los abuelos, sonreía sin parar, no hablaba y entreabría la boca continuamente. Ni su aspecto aniñado ni su sonrisa nos producían a nosotros ninguna simpatía, y eso que no babeaba, que hubiera sido el colmo, pero se le notaba mucho que no entendía lo que le decíamos y que ella no sabía tampoco qué decir. Sonreía, pero mal. Una sonrisa blanda y turbia. La abuela Irene cuidaba de su hija, de su marido y de las gallinas, conejos y perdices que tenía en el corralillo de las Casas Baratas de Albacete, donde vivían cuando yo los conocí.

En mi casa vivíamos, además de la abuela Filomena, que ya lo he dicho, su hija Irene, que era mi madre, Abel, mi padre, Abelín, mi hermano mayor y yo, que entonces era Pepe. Aún no había nacido mi hermana Rosi, en los tiempos de los que yo cuento esto, y debían de estar de muchachas, que se decía entonces al servicio, o la Társila o sus hermanas Licinia o Julia Tébar Reyes, que, de tan buen resultado como daban, las tres pasaron por casa.

También venía a echar una mano la María de Chuscarra, la que dejaba que se derritieran los helados para poder mojar pan en la salseja y aparecía con mucha frecuencia, casi siempre a media mañana, al templar el día, el abuelo Julio, que traía niscalos —*guís-canos* los llamábamos nosotros— y los asaba en la tapa de la estufa, con las rugosidades para arriba y chorreados con un hilillo de aceite de la alcuza. También se asaban boniatos y hasta huevos. Conviene probarlos, hechos en el rescoldo, envueltos en papel de periódico. Saben de otra manera.

UN MAL ALUMNO

HE SIDO SIEMPRE UN mal alumno. No digo un mal estudiante; pero sí un mal alumno. Recuerdo solo de mi paso por las aulas los hechos más chuscos y los más lesivos para los que en aquel entonces enseñaban. Qué le vamos a hacer.

En Albacete, don Alonso, un maestro represaliado que abrió escuela clandestina en el salón de su casa, se adormilaba junto a la estufa y, formados en corro, nos hacía contar hasta mil. Cumplida la cuenta, alguien lo despertaba: «Don Alonso, que ya hemos llegado a mil». «Pues, empezad otra vez», decía él. Y volvía a dormirse. Ese es mi primer recuerdo discente.

También eran dignas de consideración las peleas que mantenía a diario con su señora, doña Rocío, cuando le pedía veinte duros para la compra —glosadas en mi mediometrage *Total*—. De don Alonso aprendía yo el relativismo. Yo le dije al que tenía a mi lado en clase: «El maestro no se llama Don Alonso. Se llama Alonso, pero “don” es una cosa que se pone». Y él: «¡Qué va!». Y yo: «Ya verás». Y fui a preguntarle: «Don Alonso, yo sé que usted se llama Don Alonso, pero, ¿a que el “don” es una cosa que se pone, porque usted de verdad, de verdad, se llama Alonso?». Me contestó: «Sí, hijo, sí». Y le dije a mi compañero: «Me ha dicho que sí, que se llama Alonso». Y él: «Voy a ver, que no me fío». Le pregunta: «Don

Alonso, ¿a que usted se llama Don Alonso?». Y contestó: «Sí, hijo, sí». Es la teoría de la relatividad.

También aprendí de él que la historia es la *magistra vitae*, averiguado esto mediante la mayéutica socrática: «¿Qué seríais vosotros en caso de guerra?». Unos respondían que marinos, otros de aviación, algunos de caballería. Yo dije que confitero. A cada cual según sus necesidades. Lo mío eran los pasteles.

No soy dado a la erudición ni a almacenar conocimientos. No porque me parezcan mal tales alardes, sino porque tengo la memoria flaca: olvido con facilidad títulos de libros y de películas o nombres y apellidos de amigos y conocidos, que es peor. A partir de las siete de la tarde se me olvidan los apellidos, y a partir de las ocho menos veinte más o menos los nombres.

Para memorizar son muy buenos los que estudiaron en los jesuitas, eso es verdad, pero yo estudié en los escolapios. En los de Albacete, además, cuyo colegio, como supimos años después de haber experimentado sus delicias, era el penal de los escolapios de la región valenciana. Lo que allí ocurría todos los días no es para contarlo en un auditorio de gente buena como este, que no querrá saber nada de sadismos, pederastias y otras lindezas.

Recuerdo que en los escolapios —tendría yo siete u ocho años— nos distribuían en *rutas*, que así lo llamaban. Los curas hacían dos filas, nos llevaban a los críos de la mano y nos repartían por donde sabían que pillaban nuestras casas. A mí me dejaban en la esquina de Teodoro Camino con la calle Mayor y enseguida llegaba a mi casa de la calle Albarderos. Un día, al terminar el reparto, Espinosa, un compañero con el que no tenía amistad

MI NACIMIENTO A LA LITERATURA

A LOS TRECE DE edad ingresé en el Seminario Menor de Hellín, para no quedarme sin amigos.

A mí me gustaba una chica —siempre hay una chica—, Rosa Mari, la vecina. Su padre era el dueño de la finca. Nos fuimos a vivir al primer piso y ella y sus padres estaban en el de abajo. Me gustaba mucho Rosa Mari, pero no me atrevía a decírselo porque sabía que no le iba a gustar. Yo era gordito, no tenía ningún atractivo, y Rosa Mari era muy mona. Y entonces los hermanos Tomás —César, Luis y Agustín— me dicen que se van al seminario. ¡Coño, me quedo sin amigos! Los tres en el seminario y yo a Rosa Mari no me atrevo a decirle que me gusta. O sea, que si me voy al seminario ya no tengo que decirle nada a Rosa Mari, dos pájaros de un tiro. Una noche, sentados en la acera, recuerdo que Luis Tomás dice: «Me cago en tu padre». Y yo le respondo: «A que no te cagas otra vez en mi padre». Me levanto y me pongo con los puños como el inventor del boxeo. Él, mucho más listo, mientras que yo hago ese movimiento, me pega un puñetazo en un ojo y me lo deja morado. El cartero, todas las mañanas, me decía: «¡Menuda hostia te pegó Luisito!». Fue muy doloroso aquello.

Semejantes impulsos tendrían que haberme llevado a la sospecha de que mi llamada al sacerdocio no era la expresión de la voz de Dios, sino el empujón de acaeceres humanos más a ras de tierra.

Inexplicablemente, fueron tres años estupendos. Estuve dos años en Hellín, en el Seminario Menor, y uno en Albacete, en el Seminario Mayor. Nunca he tenido tanto tiempo para pensar, para leer y para escribir. Creo que desde entonces he escrito todos los días de mi vida.

El método de enseñanza era estupendo. Las clases, de hora y media, estaban divididas en dos partes de igual duración. Durante la primera, vigilados por el profesor encargado de la materia, estudiábamos en silencio. Si teníamos alguna duda, acudíamos a su mesa y el profesor nos la aclaraba. Después, al comenzar la clase, tenías derecho a decirle al profesor que no te preguntase si no te sabías la lección. Y no te preguntaba. Eso sí, si ibas varios días seguidos con la misma monserga te mandaba al padre espiritual o él mismo se interesaba por las razones que te llevaban a esa situación. En resumen, no iban a pillarte, sino a que aprendieses.

No se planteaba, por lo menos en aquellos primeros cursos, el que fueras a hacer una carrera para llegar a dignatario de la Iglesia.

No todo en el seminario era noble, evidentemente. Pasé tragos jodidos. Los primeros meses me escondía para llorar. Echaba de menos a la familia. Pero poco a poco me fui sintiendo bien y me entregué a la causa incluso con fervor. Yo creo que hasta cogí fama de excelente seminarista.

Pero un día, don Félix, el rector, entró en clase de Latín, echó al profesor titular y se dispuso a dar él la materia. Para mi sorpresa, lo primero que dijo fue: «Cuerda, fuera de clase». Me fui a la capilla a llorar. No sabía por qué el rector me había expulsado. El hecho era grave y mi único consuelo posible era Dios, el Santísimo Sacramento.

IRSE A MADRID

MI PADRE JUGABA AL póker en los altos del Círculo de Bellas Artes, en «Fuentecilla». Manolo Alexandre me tenía dicho que mi padre era un jugador duro. Yo no lo vi nunca; pero Manolo, sí. Decenas o centenas de noches hasta el alba. A estos jugadores profesionales se les ponía la piel lechosa por eso, por jugar todos los días, excepción hecha del Viernes Santo, hasta el alba.

Jugaba a la modalidad de póker que se llama sintético, dos cartas en la mano y cinco en la mesa que se van descubriendo. Participan doce o trece en la partida y es un juego muy científico, que se basa en calcular tus propias probabilidades y en averiguar las de los otros por cómo apuestan. También depende la jugada del aguante económico de cada uno, de su sangre fría...

Valga como acotación que para mí no hay dinero más limpio ni más legítimamente ganado que el del juego de envite. Al fin y al cabo, lo más que puede ganar el jugador es lo que el otro quiere ganarle a él. «Pongo tanto». «Pues yo tanto». «Pues gano yo». Pues te has jodido. Pero ahí nadie engaña a nadie.

Fruto de aquella actividad económica, mi padre adquirió tierras, la planta entera de un edificio de oficinas, una casa de viviendas en Albacete y un Barreiros, un Dodge Dart color granate,

y no rosa chicle ni verde oscuro. Aquel Dodge Dart da para un largometraje.

Mi abuelo Julio, sentado en el asiento trasero, erguido como una estatua, mudo, con el sombrero calado hasta las cejas y con el garrote agarrado entre sus piernas como apoyo para prevenir repentinos frenazos, solo al cruzar el puente del Tajo en Aranjuez giraba la cabeza, y a través de sus gafas de culo de vaso contemplaba el paisaje y lo admiraba con envidia de hombre de secano. «¡Qué vega más hermosa!», y ya no volvía a hablar hasta que llegábamos a Madrid.

El día que nos avisaron de Barreiros de que había llegado el Dodge Dart y teníamos que pasarnos para rellenar unos papeles y hacer las últimas gestiones, mi hermano Abel y yo íbamos inquietos. No sabíamos qué actitud adoptar ante algo que había ocurrido y nos resultaba embarazoso. Un error en el apellido familiar plagaba todos los impresos, desde la carta de Correos hasta el encabezamiento de cualquier escrito, en un indeseable e inaceptable término que había convertido el Cuerda que nos caracterizaba en un «Merda» insultante. El empleado que nos atendió no podía reprimir la risa desde el momento en que, con exagerada indignación, mi hermano le hizo ver que aquel término era vergonzoso y que cualquier cliente menos benévolo que nosotros los hubiera mandado a la mierda a ellos.

En Madrid mi padre no usaba el Dodge, solo lo usaba cuando iba a Albacete a sus cosas, o a San Sebastián, en cuyo aeroclub de Guipúzcoa, en el bulevar, se organizaba todos los veranos, en sustitución del Círculo de Bellas Artes madrileño, la más importante partida de póker de España. Hasta que una mañana entró un comando de ETA y se llevó todo el dinero. Ahí se acabaron las partidas.

¡TAXIDERMIA! ¡TAXIDERMIA!

16 DE OCTUBRE DE 2017, víspera del comienzo del rodaje de *Tiempo después*:

Querido Félix, querido equipo:

Puesto ya el pie en el estribo, consciente de la aventura que emprendemos, de las piedras en el camino, de los amaneceres que se abren cada día, de los atardeceres que cobijan a los amantes...
Resumo: nunca os agradeceré bastante lo mucho que habéis hecho por esta causa que nos une y de la que tiempo después se predicará: aquella gente lo hizo con ilusión.

HAY UN público muy gandul. El espectador, en general, es muy pasivo, pero debería de ser más activo e interesarse más por... bueno, no soy yo quién para decir por lo que debe interesarse. Que cada cual se interese por lo que quiera. *Tiempo después*, por ejemplo, no es una película realista, es quien la mira quien tiene que decidir sobre el significado de lo que ve.

En el 9177, mil años arriba, mil años abajo —que tampoco hay que pillarse los dedos con estas minucias— el mundo entero —y según algunos autores el universo también— se ha visto reducido a un Edificio Representativo y a unas afueras cochambrosas habitadas por todos los parados y hambrientos del cosmos.

En el Edificio Representativo viven un rey picajoso y cargante, entrometido e inútil, pero no tonto, ya que, llegado el momento, intenta abordar al asalto a la jefa de gabinete del alcalde, la Méndez, una hermosura, cuya inteligencia salta a la vista nada más verla, y a la que el monarca quiere convertir en madre de su heredero. Un general de la Guardia Civil, un almirante de la Marina argentina en seco y sin más capacidad de maniobra que jugar en el bidé o la bañera, dos barberos —libre competencia—, un fraile de la teología de la liberación y un cura fascista, el conserje del edificio, puesto ganado por oposición entre seiscientos cuarenta y seis mil opositores predominantemente bostonianos, un grupo de chicas y chicos de la juventud rebelde, entre las que hay alguna devota de Ortega y Gasset. Una selección natural, que asegure la libre competencia allí dentro, duplica el ejercicio de cualquier actividad.

En la afueras, en chabolas y otras construcciones o cobijos rudimentarios viven todos los desgraciados del universo, asaeteados día y noche por una megafonía cansina que pretende convencerlos de que viven en el mejor de los mundos posibles. Uno entre ellos, José María, decide que, con las dificultades que haya que salvar y mediante la venta de una limonada que él manufactura y vendería en el edificio, otra vida es posible. El alcalde le impide el acceso. Dejaría de ser parado. Se desnaturalizaría. Sufriría merma ontológica. Le propone entonces que, abandonada toda intencionalidad mercantil, aborde otra actividad menos lesiva para la comunidad: que se enamore de su jefa de gabinete. José María se niega a un compromiso tan determinante. De tan alto calado.

LA RISA DE MANUELA

LA PATERNIDAD SE DA cuando se es padre, y la maternidad, cuando se es madre. Yo la he llevado muy bien. ¿Cómo lo he reflejado en mis películas? La verdad es que no sé cómo se refleja eso. Ninguna de mis dos hijas, Irene, que se llama como mi madre, y Elena, se dedica al cine. Estudiaron solfeo y piano. Lo suyo es la música. Tengo tres nietos.

Venimos a este mundo como venimos. Hechos una pena. Y sin conocimiento. Nadie nos pregunta si nos apetece. Si nos conviene. Si es el momento oportuno. O el lugar. O la compañía. Hay familias en las que no interesa nacer bajo ningún punto de vista. Y vidas que no vale la pena vivir porque, pena tras pena, son un martirio.

Minutos después de nacer mi nieta Manuela su padre, Roberto, le hizo una foto. Le hizo muchas en realidad. Es su primera hija —mi primera nieta— y recibí la noticia cuando estaba a punto de salir al escenario de los Goya a entregar, junto a Álex de la Iglesia y David Trueba, el premio al mejor director. Le dije a los dos que acababa de ser abuelo y que la ocasión la pintaban calva para *ipso facto* postularme al Goya al mejor abuelo debutante. Álex y David me animaron a que lo hiciese. Y, evidentemente, no lo hice. No era cosa de fastidiarle al ganador su minuto de gloria tan merecidamente conseguida.

En esa primera foto de Manuela la criatura aparece sonriendo. O eso creo ver yo. Amigos que saben de estas cosas aseguran que esa posición de los labios, que ese gesto responde más bien al instinto succionador que trae a este mundo el neonato para asegurar su supervivencia. La explicación me consoló en un primer momento, porque acceder a estos tiempos que corren, tan bordes ellos, con una beatífica ingenuidad como la que traía plasmada en su cara mi nieta, la preparaban para muchos y pronto desengaños en este mundo traidor. Pero inmediatamente cambié de opinión. ¿Hubiera preferido yo una Manuela que naciera con el análisis hecho y la conclusión tomada de que venía a un cenagoso valle de lágrimas? Para nada.

Le advertí que ese comportamiento suyo era inadecuado, que no sabía lo que le esperaba, que este mundo estaba sembrado de trampas. Siguió sonriendo. A los pocos meses gateaba a gran velocidad. Me llevé una alegría: «Sabe huir», deduje. Menos mal. Gran consuelo. Cuando, semanas después aprendió a negar, con enérgico zarandeo de cabeza, casi todas las propuestas que se le hacían, dije: «Ya está. Ya sabe lo fundamental». Decir que no.

No sé lo que le espera a Manuela como alimento de esa circunvolución izquierda frontal superior del cerebro donde reside el humor. Quizás —la historia las gasta así a veces con gran sabiduría— todo acabe en un precipitado de sustancias que torne la sinvergonzonería gobernante en materia risible y de mucho escarnio.

Manuela, va por ti. Que este que será tu pasado te produzca, visto a distancia, tantas risas como cabreos nos mete en el cuerpo a los que hoy lo padecemos.